

simples liberales, antiguos «patriotas árabes» de la línea de Nasser, sindicalistas... Todo un frente popular amplio y repleto de matices olvidó en un instante sus pequeñas y grandes querellas y se entregó a la ardiente labor de levantar barricadas y empuñar toda clase de armas, de las que tanta abundancia hay en el país. Desde la pistola hasta el «bazooka», las veloces barricadas mostraban un alto erizado de armas de todas clases, y de pechos jóvenes... Un régimen militar es algo insólito en el Líbano, donde, a pesar de la presencia continua de la guerra, se ha mantenido siempre una tradición de «Suiza árabe» y una larga República de treinta y dos años, y la justificación de que el Ejército tomaba posición ante los enfrentamientos armados continuos entre la Falange y la izquierda —principalmente, los palestinos—, no pareció suficiente para el pueblo, sobre todo porque el nuevo Régimen y su general Ghanem parecían mucho más inclinados hacia la derecha —la Falange— que hacia las otras fuerzas.

La presión internacional apareció minutos después. Una presión, principalmente, de Siria y del Irak. El nuevo Gobierno comprendió rápidamente que al no haber ganado el poder de un solo golpe, se abría la guerra civil, y que en la guerra civil, Siria y el Irak estarían al lado de las izquierdas, sin que se supiera muy claramente lo que podía hacer algún otro país árabe deseoso de favorecer la derecha. ¿Qué haría, a su vez, Israel? Un golpe de mano de los israelíes, quizá preparado con anterioridad, pero quizá también oportunista, hizo pensar al Gobierno de la Junta que bien podría ocurrir que Israel se pusiera de su lado, lo que volvería en contra al mundo árabe, o bien, sin expresarse, aprovechar la división interior para tomar parte del país.

Por otra parte, las fuerzas religiosas fueron, poco a poco —y después de una reunión común—, enfrentándose al Régimen militar; primero,

los musulmanes; luego, los cristianos maronitas. Llegó un momento en el cual los militares lo único que deseaban era salir del avispero en el que se habían metido, y hacerlo de manera de no «perder la cara» de una manera excesiva. Buscaron, entonces, una solución constitucional: dimitir, como un Gobierno cualquiera, encargándose del poder de una manera habitual para resolver los asuntos corrientes y para mantener el orden público hasta la formación de un nuevo Gobierno formado por civiles. El orden, en realidad, se ha restablecido por sí solo desde el momento en que se supo la solución, pero sin que por ello las milicias, tan repentinamente armadas, hayan depuesto las armas. Una dictadura incipiente, una dictadura de tres días.

Ya las barricadas han sido demolidas por los mismos que las levantaron —sin permitir que las tocara «el enemigo», y ya está funcionando velozmente la negociación de todas las fuerzas políticas. En ese momento de negociación reaparecieron, como por encanto, los matices y diferencias de los partidos y los grupos que tan fácilmente se habían colocado hombro con hombro y «bazooka» junto a «bazooka» frente a los tanques, que habían iniciado lo que pretendió ser un paseo militar y pudo terminar en guerra civil.

A pesar de todo este gran espectáculo de armas y combatientes, parece que las víctimas han sido escasas y que el Líbano no ha deteriorado su tradición de mantener un cierto pacifismo hasta en la guerra, si cabe esa contradicción.

¿Futuro? En un principio, parece que la demostración de fuerza unida que ha dado la izquierda y su verdadera victoria al impedir la dictadura de la derecha militar y la Falange, quiere ser explotada por sus propios dirigentes para dar al Líbano un Gobierno más social, más izquierdista, menos tradicional y más en concordancia con Siria y con el Irak. ■



Los sudvietnamitas celebran la liberación en la capital, Saigón.

obras prohibidas. No se ha producido ninguna quema de libros, pero se cree que pronto serán todos enviados a un gran almacén, donde serán picados, mientras llegan a las librerías obras de autores revolucionarios.

Esta operación tiene un cierto parecido con el principio de la «revolución cultural» china, en cuanto al protagonismo de los jóvenes. Sin embargo, Vietnam del Sur parece distanciarse cada vez más de la política china. En los periódicos de Saigón, los elogios a la Unión Soviética y las muestras de agradecimiento por la ayuda recibida y por la que se sigue recibiendo se reflejan con gran énfasis; los discursos y los textos oficiales son también calurosos para la URSS (el PCUS felicitó al Gobierno Revolucionario Provisional el 1 de mayo; éste contesta que «la victoria de la causa revolucionaria del pueblo vietnamita es inseparable de la in-

mensa ayuda y del apoyo del Partido Comunista, del Gobierno y del pueblo de la Unión Soviética, de los otros Estados socialistas y de toda la Humanidad progresista») mientras que apenas aparecen referencias a China. Incluso las simples noticias procedentes de Pekín aparecen disminuidas y postergadas.

Algunos observadores creen que es una simple cuestión de proporción de la ayuda: se dice que el 80 por 100 de las armas del GRP son soviéticas, el 10 por 100 chinas y el 10 por 100 norvietnamitas. Podrá entenderse también que es una cuestión ideológica, y que Vietnam del Sur estaría más cerca de las doctrinas soviéticas que de las chinas. Pero puede apreciarse la condición de reserva nacionalista de Vietnam a la China a lo largo de su Historia... En realidad, el comunismo del Sudeste asiático parece que va a seguir su vía propia. ■

VIETNAM DEL SUR

Revolución cultural y soviétismo

● Saigón y Hanoi siguen siendo capitales distintas de países distintos, con políticas interiores y exteriores aparentemente distintas. Parece que hay opiniones distintas acerca de la posible reunificación: entre los dirigentes, los hay que creen mejor mantener dos estructuras nacionales diferentes. Sin embargo, parece que la mayoría se inclinan a la «solución natural», que es la de volver a hacer un solo Vietnam. Esta solución natural podría estar retrasada por dos hechos: Uno, la estabilización de la «filosofía revolucionaria» en lo que es aún Vietnam del Sur mediante una forma de adoctrinamiento y de creación de instituciones y estructuras que lleguen a poner la población de las zonas reconquistadas a

la misma altura de las del Norte. (Todavía hay un enorme desorden en las ciudades: los habitantes de las zonas que fueron de guerra comienzan ahora a regresar a sus pueblos.) La otra sería la posibilidad de celebrar una unificación mayor: la de Camboya y la de Laos, al menos en términos de federación. El equilibrio entre los dos Vietnam se está realizando velozmente. En todo el Sur se está celebrando una especie de «revolución cultural», —que comenzó el 23 de abril con mucha solemnidad—, dirigida especialmente a los jóvenes, para luchar contra «la herencia cultural decadente del extranjero». Aún se venden en las librerías las obras impresas bajo el Régimen anterior, pero han comenzado ya a publicarse listas de

PAPUASIA-NUOVA GUINEA

Peligro de desmembración total

● Antes de acceder a la independencia, fijada para julio de 1975, la región meridional de Papuasias-Nueva Guinea (que a su vez es la mitad oriental de la enorme isla de Nueva Guinea) se ha declarado independiente y separada del Norte.

El movimiento secesionista Papua Basena, que dirige la joven diputado Josephine Abaijah, ha completado así la serie de decisiones unilaterales emprendidas desde enero (creación de una «armada de liberación», por Simón Kumi, y de un «gobierno provisional republicano», por la señorita Abaijah) tendientes a mantener separada Papuasias de Nueva Guinea.

Gran Bretaña y Alemania se dividieron la parte oriental de la isla en 1884 (la occidental pertenecía a las Indias Holandesas y fue unida a Indonesia en 1963). El Sur —británico— pasó a Australia en 1906, y la parte alemana, inclui-

do el archipiélago Bismarck, también fue puesto bajo administración australiana, terminada la primera guerra mundial.

Desde el 1 de diciembre de 1973, el territorio gozaba de autonomía, con respecto al gobierno de Cambera. Aunque la independencia fue fijada para diciembre de 1974, hubo de ser demorada ante los graves problemas de asimilación racial que surgieron entre el Norte y el Sur.

Los papúes se muestran remisos a integrarse con las tribus del Norte —consideradas aún como salvajes—, de las que les separa la impresionante cadena montañosa central, además de la raza y la lengua. Esta incompreensión tiene otra motivación, sin duda más difícil de resolver: la paulatina pérdida de posiciones de los papúes, instalados en las zonas más desarrolladas, ante la avalancha migratoria de los habitantes del Norte, temidos y despreciados.